

niosamente uno de los críticos de su nación que no acaban de perdonarle de buen grado, sus ofensas á ella) *un ruiñeñor alemán que hizo nido en la peluca de Voltaire.*

Julio de 1883.



DE LAS INFLUENCIAS SEMÍTICAS

EN LA LITERATURA ESPAÑOLA.



DE LAS INFLUENCIAS SEMÍTICAS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA.

EN 26 de Enero de 1894 tomó posesión de su plaza de número en la Academia Española el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, D. Francisco Fernández y González, persona universalmente reputada como una de las más doctas de nuestra nación en filología y en historia, y calificado no ha mucho de *arabista de primer orden* por autoridad tan respetable como la de Hartwig Derembourg. El cariño y sincera estimación que como discípulo y compañero profeso al jefe de nuestra Facultad, podrían hacer sospechoso mi testimonio si no se tratase de méritos tan notorios y probados como los del Dr. Fernández y González, estudiante de por vida, tipo perfecto del estudiante de Letras, tal como en otras partes existe, aun-

que entre nosotros, con raras excepciones, sea planta exótica todavía. La robustez hercúlea de su temperamento intelectual le ha permitido cargar sobre sus hombros todo el peso y balumba de conocimientos diversos que integran el programa de nuestra Facultad, y por saberlo todo muy á fondo, no se le debe calificar de especialista en nada. Pasma la variedad de sus estudios y lecturas, las raras investigaciones á que se entrega, el número de lenguas antiguas y modernas, aun de las más exóticas y difíciles, que ha llegado á dominar para sus trabajos de comparación y análisis ó para utilizar las fuentes históricas. La Estética, que es su cátedra oficial y universitaria, es quizá lo que le ha preocupado menos; ni siquiera se ha cuidado de recoger en un libro sus numerosos y dispersos estudios sobre la Idea de lo Bello y sus conceptos fundamentales, sobre el sentimiento de lo bello como elemento educador en la historia humana, sobre lo sublime y lo cómico, sobre la fantasía y el ideal, y sobre todos los temas capitales de la Metafísica y Psicología Estéticas. Pero así y todo, su influencia en este orden de estudios, ya en la Universidad de Granada, donde primitivamente profesó, ya en la de Madrid,

donde sucedió á Núñez Arenas, ha sido muy considerable y beneficiosa á nuestra cultura; y ¡o hubiera sido mucho más si á la cátedra de Estética acompañase en nuestras escuelas, como debía acompañar, la de teoría é historia del arte, única que puede hacer positivos y fecundos los resultados de la indagación especulativa, mostrándolos realizados en el proceso histórico de las bellas formas. Al Sr. Fernández y González se debe el gran servicio de haber difundido desde su cátedra por más de treinta años los resultados de la Estética alemana posteriores á la magna enciclopedia de Vischer, que sirvió de primitivo fondo á su enseñanza, si bien procurando depurarla de sus vicios de origen, mediante una libre interpretación espiritualista, al modo que Carrière, por ejemplo, lo practica en Munich. Y aun siendo predominantemente hegeliano el sentido de sus lecciones (lo cual apenas puede evitarse en Estética, ciencia que debe á Hegel el primer ensayo de organización sistemática, y ha tenido dentro de su escuela los principales cultivadores), no por eso ha mirado con indiferencia el Sr. Fernández y González la tendencia realista y formal que desde Herbart hasta Zimmermann tantos resultados útiles ha

traído á la ciencia de lo bello, sino que ha procurado concertar y armonizar ambas direcciones, inclinándose en estos últimos tiempos al alto sentido del idealismo real que impera en la grande obra de Max Schasler. Y todo esto lo ha enseñado y propagado en la Universidad de Madrid el Dr. Fernández cuando (exceptuado el nombre venerable de Milá y Fontanals, que fué estético de verdad, pero que pertenece á una generación anterior) la Estética solía aprenderse en España por cartillas como la de Krause, por absurdos sermonarios llenos de pasmarotadas sentimentales como el del P. Jungmann, por indigestos centones de Cousin y de Levêque, y á lo sumo, por la Estética de Hegel, traducida, ó más bien, arreglada en francés por Bénard, obra ciertamente genial y admirable, pero después de la cual ha llovido mucho en Estética y en Filosofía, precisamente por lo mismo que el impulso de Hegel en su tiempo fué tan poderoso y fecundo.

Pero aunque profesor oficial de Estética, el Sr. Fernández y González es por vocación historiador y filólogo, y principalmente orientalista. Igual ó mejor que Estética podría enseñar árabe, hebreo ó sanscrito, historia de la antigüedad ó historia de los tiempos medios.

En esta parte se le deben publicaciones importantísimas que, si tuviesen más claridad y método y estilo más apacible y llano, serían conocidas y celebradas de todo el mundo, como indisputablemente lo merecen por su profunda erudición y novedad. El libro que modestamente intituló *Memoria sobre el estado social y político de los Mudejâres de Castilla*, es completa y riquísima historia de aquella parte de nuestra población, tan interesante quizá como los judíos y los mozárabes; y fué obra sin precedentes, como no se tenga por tal el ameno libro del Conde de Circourt, que siendo extraño á los estudios arábigos, poco pudo adelantar sobre lo que dicen nuestros historiadores castellanos. El único tomo que hasta ahora ha publicado el Sr. Fernández y González sobre las *Instituciones jurídicas del pueblo de Israel en España*, es en realidad una nueva historia de los judíos españoles, en que con el directo recurso á las fuentes rabínicas, se amplían y rectifican muchos puntos de la obra tan erudita y meritoria que en tres volúmenes escribió el Sr. Amador de los Ríos, padre político del Sr. Fernández y González. Ha traducido, además, el Sr. Fernández y González gran número de textos árabes, hebreos y rabínicos,

concernientes á nuestra historia y literatura, tales como la Crónica de Aben Adhari de Marruecos, la de Gotmaro, obispo de Gerona, el *Ordenamiento de las aljamas de Castilla*, muchos cuentos y novelas que podrían formar una serie de las más interesantes y deleitables, figurando en ella la historia de la *hija del Rey de Cádiz*, y el peregrino libro de caballerías de *Ziyyad ben Amir el de Quinena*, única muestra que conocemos traducida, hasta ahora, de su género entre los árabes españoles.

Pero todos estos no han sido para el doctor Fernández y González trabajos de empeño, sino intervalos de recreación estudiosa. Su grande esfuerzo, durante muchos años, le ha puesto en la redacción, ya terminada, de un nuevo catálogo de los manuscritos árabes del Escorial, corrigiendo y ampliando el de Casiri; y en la de otro catálogo de los manuscritos rabínicos conservados en el mismo depósito. El hado infeliz que pesa en España sobre los trabajos de erudición ha sido causa de que, retrasándose el Gobierno en la publicación de las obras del Dr. Fernández, que debían correr ya de molde hace muchos años, se haya adelantado Derembourg, publicando, con auxilio oficial del Gobierno francés, el primer tomo de

su catálogo de los manuscritos árabes del Escorial. Pero esta obra, aun siendo tan exacta y concienzuda como del mucho saber de su autor debe inferirse, no puede tener para los españoles la utilidad que tendrá en su día la del Sr. Fernández y González, que no ha hecho mero catálogo como Derembourg, sino que, á ejemplo de Casiri (muy loable en esto), incluye en texto y traducción latina amplios extractos de los principales códices que tratan de nuestra historia ó pueden ilustrarla. Urge, pues, la publicación de esta nueva Biblioteca Árabe-Escorialense, y no puede la de Derembourg quitarle novedad alguna, ni mucho menos sustituirla. Urge también la publicación, ya acordada, de las numerosas memorias que, principalmente sobre asuntos de erudición hispano-oriental, ha presentado en estos últimos años el Sr. Fernández y González á la Academia de la Historia, en la cual es uno de los trabajadores más activos.

En estos últimos tiempos, el Sr. Fernández y González ha ampliado extraordinariamente el círculo de sus trabajos, haciéndolos versar con preferencia sobre épocas muy remotas y lenguas bárbaras y primitivas. Esta nueva dirección contribuirá sin duda á aumentar el

crédito y fama de su saber; pero si he de decir lo que pienso, no puedo menos de deplorar que nuestro Decano haya abandonado, aunque sin duda temporalmente, los senderos de la erudición semítica, en que tantas y tantas buenas cosas puede enseñarnos, para enredarse en áridas disquisiciones sobre las lenguas indígenas de América ó sobre el parentesco del vascuence con el turco. Todo esto es sin duda de más alarde erudito que provecho ni amenidad; y por grande que sea (y lo es sin duda) la importancia de la obra que el Dr. Fernández y González está publicando sobre los *Primitivos pobladores históricos de la Península Ibérica*, la mayor parte de los lectores profanos hubiéramos preferido ver salir de su docta pluma alguna obra de asunto menos primitivo y tenebroso, por ejemplo, una historia (que no tenemos aún) de la literatura arábigo-hispana, ó una historia general de los musulmanes de España desde el punto en que la dejó Dozy. Es lástima que en España la mayor parte de los esfuerzos eruditos se pierdan en empresas que de puro arduas, remontadas é inaccesibles al vulgo, vienen á resultar casi estériles.

Este apego del Sr. Fernández y González á la investigación de las cosas más difíciles per-

judica bastante, no sólo á la amenidad, sino á la unidad de su eruditísimo discurso de ingreso en la Academia Española. Trátanse en él dos puntos manifiestamente inconexos, á pesar del lazo artificial que entre ellos ha querido establecer el autor, y suficientes cada uno de por sí, no ya para una disertación, sino para un libro. Con la materia sólida y abundante que hay en las 64 páginas del presente discurso, hubiera podido cualquier escritor de más *malicia* literaria que el Sr. Fernández (de los que en Francia, por ejemplo, abundan tanto) componer dos ó tres volúmenes de muy agradable lectura, sobre la influencia de las lenguas y literaturas orientales en la nuestra. Pero nuestro Decano, que tantas cosas sabe, quizá olvida ó descuida una sola, y es el arte de hacer valer por la exposición animada y lúcida el prodigioso caudal de su doctrina. Tantos datos, tantos nombres, tantas fechas, acumuladas en tan corto espacio, se estorban mutuamente, y acaban por engendrar confusión en el ánimo del lector más atento.

La primera parte del discurso huelga, ó poco menos. Si el asunto era tratar de la cultura semítica y de su influjo en la nuestra desde los tiempos más remotos, lo primero que históricamente

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

camente se ofrece á la consideración son las colonias fenicias y los cartagineses ó libio-fenices; materia que el Sr. Fernández y González hubiera podido explicar con la peculiar competencia geográfica y epigráfica que todo el mundo le reconoce. Pero, lo repito, el Sr. Fernández y González no gusta de empresas relativamente fáciles para un hombre de su cultura, y ha preferido internarse en los misteriosos senderos de la lengua éuskara, que tiene, no sé por qué, el raro privilegio de hacer tropezar á cuantos se ocupan en la interpretación de sus enigmas. No diré yo (¡grande impertinencia sería!) que el Sr. Fernández y González tropiece; al contrario, me parecen sus conclusiones muy ajustadas al común sentir de los más expertos filólogos, y muy distantes, por lo mismo, de los sueños y desvaríos con que todavía suelen obsequiarnos algunos vascófilos celtistas y sanscritistas de España y Francia. Pero si es cosa bien averiguada que el vascuence no pertenece á la familia de las lenguas aryanas, no es menos cierto que tampoco se la puede considerar como lengua semítica, á lo menos en la acepción más usual y corriente de esta palabra, por la cual todo el mundo entiende el hebreo, el árabe, el siríaco y otras lenguas tales, pero

muy pocos entienden el *sumir-acadio*, que las inscripciones de Caldea nos han revelado. Si el vascuence, como razonadamente afirma el señor Fernández y González, es la lengua de un pueblo de la Edad de Piedra; si los antropólogos que él cita (1) encuentran tan gran parecido entre los antiguos esqueletos vascos y las osamentas africanas de las tumbas de Beni-Hassán, y se inclinan á mirar el actual pueblo vascongado como la unión de un pueblo afín al berberisco y de otro pueblo boreal análogo al finés ó al lapón, y aun le encuentran semejanzas externas con el tipo de los Morduinios y de los Pieles Rojas; si la lengua hablada por este pueblo es positivamente lengua de aglutinación, y las analogías que se descubren en su estructura y aun en su vocabulario son con el turco y el húngaro, con las lenguas tártaras, con las americanas, con el *sumir-acadio*, y, en suma, con todo lo que suele calificarse de *turanio* ó de afín al turanismo, hemos de inferir que el vascuence pertenece á un período lingüístico anterior lo mismo á las lenguas arya-

(1) Especialmente el Sr. Aranzadi en su importante memoria *El Pueblo Euscalduna* (San Sebastián, 1889). Yo en esto ni entro ni salgo, y buena pedantería fuera en un profano tener opinión en semejantes cosas.

nas que á las semíticas, pero en el cual existían sin duda gérmenes arjos y gérmenes semíticos, que luego en la edad de flexión se fueron fijando y diferenciando. Nuestra absoluta incompetencia en estas materias nos obliga á pasar de largo por esta primera parte del discurso del Sr. Fernández y González, en que principalmente abundan las comparaciones entre el vascuence y el turco. La demostración parece perentoria, y viene á confirmar, como dicho queda, la opinión más aceptada hoy entre los doctos. El descubrimiento y estudio del grupo turanio ha venido á modificar profundamente las conclusiones tradicionales y clásicas de la filología comparada, acortando cada vez más la distancia antes infranqueable entre el aryanismo y el semitismo, y haciéndonos adivinar la edad misteriosa y crepuscular que precedió á su separación definitiva, y la primitiva civilización que educó juntamente á arjos y semitas.

El asunto propio y peculiar del discurso del Dr. Fernández empieza con la invasión de los árabes, porque de todo el semitismo anterior (fenicios, primitivas colonias judías, etc.) no puede afirmarse con seguridad ni influencia en la lengua, ni contacto literario.

Materia es esta de la influencia árábica en que, por falta de método y de formalidad científica, ha solido caerse en opuestas exageraciones, las cuales por supuesto no han solido nacer entre los arabistas propiamente dichos, que sabían bien á qué atenerse en este punto, sino entre los *dilettantes* de erudición árábica ó cristiana, á quienes el fervor del primer descubrimiento ó bien antagónicos fanatismos, dañosos por igual á la recta y libre indagación de la verdad histórica, han solido traer á consecuencias extremas é igualmente absurdas. Lo racional hubiera sido empezar estudiando á fondo lo que se debatía, antes de arrojarse á construir teorías sobre datos incompletos, aislados, mal conocidos y hasta mal comprobados á veces. Pero cuando la pasión religiosa ó política se mezcla en estos asuntos, y viene en ayuda de la pereza histórica, los errores se endurecen y hacen callo en la voluntad y en el entendimiento, matando hasta el deseo de la verdad, que es natural impulso de todo espíritu sano. Hay hombre que en obsequio á sus principios doctrinales se cree obligado á negar toda cultura á los árabes, considerándolos como unos bárbaros feroces; y hay quien, por el extremo contrario, niega toda civilización propia

á la Europa cristiana, y sólo á los árabes considera como maestros universales que disiparon las tinieblas de la barbarie. Grandes temas de Ateneo ó de Juventud Católica, aunque afortunadamente van ya pasando de moda.

Ha de decirse, en descargo de los que tan de ligero han solido fallar en asunto de tanta monta, que las fuentes accesibles al no arabista que desee tomar alguna idea de la cultura arábigo-hispana, no son muchas ni están muy divulgadas, y además en casi todas ellas suelen andar englobadas las cosas de la España musulmana con las de Oriente. El *Lexicon Bibliographicum* del famoso compilador turco Jachi-Jalfa, publicado con traducción latina por Fluegel, es quizá la más importante de todas como libro de consulta; pero nunca las bibliografías pueden sustituir á la historia literaria, aunque sean su indispensable punto de partida. Esto mismo, y aun más, ha de decirse de la obra de Casiri, grande esfuerzo para su tiempo, y meritoria en éste, especialmente por los extractos históricos, pero no exacta siempre é inferior ya á las exigencias científicas de nuestra época. Los estudios de Hammer Purgstall, además de referirse á Oriente en la mayor parte de su contexto, empiezan á pasar

por anticuados, y su autor por guía confuso y poco seguro. Schack hizo un libro de vulgarización amenísimo, que seguramente ha ganado en su primorosa versión castellana, pero se limita á la poesía y á la arquitectura. Para la medicina, y aun para el movimiento científico en general, tenemos al Dr. Leclerc; para los naturalistas, á Wüstenfenld (1); para la filosofía, los libros bastante divulgados de Munk y Renán dan extensa noticia de Averroes y aun de Avempace y de Aben-Tofail, cuya famosa novela (que es sin duda el producto más original del genio filosófico entre los musulmanes) puede leerse en la versión latina de Pocke. Los orientalistas que en nuestro siglo han restaurado la historia de la España musulmana, ya extranjeros como el incomparable Dozy, á quien (cualesquiera que sean sus errores de pormenor en materia no arábica) nunca pagará nuestra historia lo mucho que le debe; ya españoles como Gayangos, Lafuente Alcántara, Fernández y González, Simonet, Eguilaz, Codera.... han atendido en primer término á la parte histórica y lingüís-

(1) *Geschichte der Arabischen Aertze und Naturforscher.* (Goettingen, 1840.)

tica, que era lo que por el momento urgía, y sólo por incidencia á la literaria. Apenas recuerdo más excepciones que un discurso de Moreno Nieto sobre los historiadores árabes, una tesis doctoral de Eguílaz sobre los principales géneros poéticos, y el reciente discurso inaugural de Ribera en la Universidad de Zaragoza sobre los establecimientos de enseñanza entre los musulmanes.

Por el contrario, la historia literaria de los judíos españoles puede decirse que está completamente explorada y conocida hasta en sus detalles, gracias á los innumerables estudios y publicaciones de Luzzato, Munk, Sachs, Geiger, David Cassel, Kayserling, Neubauer, Zunz, Benedettis y otros muchos. Y el que no tenga tiempo ó voluntad de internarse en tan copiosa biblioteca, encontrará un resumen lleno de animación y de viveza en la *Geschichte der Juden* de Graetz, especialmente en los tomos v y vi.

Es claro que al Sr. Fernández y González, ocupado por tantos años en la redacción de los dos catálogos escurialenses, que á cada momento le obligan á recurrir á todas las fuentes de la erudición oriental, no sólo no se le ha ocultado ninguno de estos libros vulgares y

corrientes, sino que bien puede afirmarse que ha pasado por delante de sus ojos toda monografía y todo artículo de revista que en algo se refiera á estas materias. Pero la principal y más curiosa parte de su trabajo es indudablemente labor de primera mano, *contribución propia*, como ahora se dice.

El autor empieza por declarar que la cultura de los musulmanes españoles no comienza con la invasión bereber, sino que ha de contarse desde el momento en que las gentes sirias (no *serias*, como por errata atroz se lee en el discurso), acaudilladas por Baleg, llegaron á la Península. Los sirios habían representado el elemento civilizador en el califato de Bagdad, y ellos fueron también los iniciadores del cultivo artístico y literario en la España árabe, contribuyendo también á ello los mozárabes y los *muladies* ó renegados, en grado que todavía no puede precisarse, pero que fué notable sin duda, aunque no tan exclusivo como parece que da á entender el Sr. Simonet en la muy docta introducción de su *Glosario Hispano-Mozárabe*. La fundación de la monarquía de los Omeyas, desligando á Córdoba de su dependencia política respecto de Oriente, aceleró este desarrollo de las artes del espí-

ritu, y de la magnificencia y suntuosidad en todas las manifestaciones de la vida, y determinó el carácter, en alguna medida propio y autonómico, de la cultura mahometana en España. Su primera manifestación fué la arquitectura, y puede decirse que la vida espiritual de los árabes españoles comienza el día en que se puso la primera piedra de la aljama cordobesa. Hay que confesar que los más sazonados frutos de la poesía, de la filosofía y de la ciencia no se lograron propiamente en tiempo del califato cordobés, sino más adelante, en las pequeñas monarquías llamadas *reinos de taifas*, pero es cierto que el impulso venía desde Abderramán I, aunque necesitase por ley natural todo ese tiempo para desenvolverse.

En esta parte del discurso relativa al Califato, noto, entre otros puntos de gran curiosidad, el nombre del primer poeta árabe-andaluz de nombre conocido, Abbes ben Nassih el Giafari; las noticias relativas al músico sirio Zeriab, *arbiter elegantiarum* en la corte de Abderramán II, é inventor de la quinta cuerda del laúd; la introducción del estudio de las Matemáticas en tiempo del emir Muhammad, bajo el magisterio de Al-Leitsi y del físico Aben Firnás, fundador de una fábrica de

cristales; el viaje de un judío español del siglo IX á la China, recientemente publicado por Schwab en la *Revue de Géographie*; los peregrinos versos de un poeta toledano del año 853 de nuestra era, que parecen aludir á la brújula ó calamita como cosa conocida y de uso frecuente; ciertos ensayos de locomoción aérea de que Almaccari da cuenta; y gran número de noticias artísticas que prueban haber sido poco severos los musulmanes de Al-andalus en lo de no admitir representaciones de figuras humanas y de animales, puesto que de uno y otro género las había en los palacios de Medina-Azahra, traídas de Constantinopla por el insigne mozárabe Arib, más conocido por su nombre cristiano de Recemundo; extraño personaje que fué á la par Obispo de Illiberis, embajador de Abderrahmán III en la corte de Otón el Grande, médico, matemático, astrónomo y meteorologista, autor del famoso calendario agrícola de Andalucía, que publicó Libri, y traductor y adicionador de la *Isagoge Aritmetica* de Nicolao de Gerasa. Este enciclopédico personaje había sido en Oriente discípulo de Alkindi, y bastaría por sí solo para probar que los mozárabes ó cristianos fieles de Andalucía no se limitaron á conservar la de-

generada tradición latino-visigótica, sino que tomaron parte grande y eficaz en el movimiento propio de la cultura musulímica, sin renunciar por eso á su fe religiosa. Considerado como escritor científico, Recemundo es de los más antiguos entre los árabes españoles, y es preciso llegar al madrileño Moslema, contemporáneo de Almanzor, para encontrar un sabio de tanta monta. Moslema, introductor en nuestra Península de la enciclopedia en cuarenta tratados de los *Hermanos de la sinceridad ó pureza* de Bassora, abre nueva era en la cultura española con la misteriosa doctrina recibida en las escuelas de Persia; y de él probablemente arranca, no sólo el movimiento astronómico y matemático, sino también el filosófico que en los siglos XI y XII, después de la disolución del Califato, iba á dar sus frutos más maduros en el *Régimen del solitario* del zaragozano Avempace, en la novela del *Filósofo Autodidacto* del guadijeño Aben-Tofáil, y en la grande enciclopedia del cordobés Averroes, segundo Aristóteles de los musulmanes.

Fácilmente se comprenderá que esta filosofía, de origen alejandrino, ya mística, ya racionalista, é informada por conceptos tales

como el de la emanación, el de la unidad del entendimiento agente y el de la eternidad del mundo, contradictorios de todo en todo con los dogmas capitales del teísmo musulmán, tenía que ser de vida muy precaria y desaparecer rápidamente ante cualquier recrudescencia del fervor religioso, alimentado á la continua por las invasiones africanas. Así sucedió, en efecto; pero otra raza semítica, dotada de condiciones muy superiores para la especulación filosófica, recogió la herencia.

El albor de la cultura intelectual entre los israelitas españoles despunta en el siglo X, como es notorio, merced al establecimiento por Rabi Moseh ben Hanoc de la Academia cordobesa (émula victoriosa en breve tiempo de sus hermanas mayores, las de Susa y Pumbedita, en Oriente), y á la privanza y valimiento que logró con el gran califa Abde-rrahmán III su médico y ministro discretísimo Hasdai ben Saprut, gran protector de las gentes de su raza. Merced en parte á su generoso influjo, el círculo de los estudios judaicos, casi limitado hasta entonces á la interpretación de la Biblia y del Talmud, comienza á ensancharse notablemente á imitación y ejemplo de lo que florecía entre los árabes; y entonces es

cuando Menahen ben Saruk de Tortosa y Dunax ben Labrat echan las bases del estudio científico de la gramática hebrea, respetadas en todo lo esencial por la filología moderna. Aplicado con tanta firmeza á la disciplina gramatical el poderoso instrumento del análisis, no podía menos de aguzar y estimular los entendimientos para especulaciones de orden más elevado; y, en efecto, muy pronto se ve á los judíos invadir con gloria el campo de la metafísica y el de la ciencia experimental; movimiento que en los siglos XI y XII (que son la edad de oro de su historia ibérica) coincide con el prodigioso desarrollo de su poesía lírica religiosa, superior en elevación ideal á la de todos los pueblos de la Edad Media, incluso Provenza. Esta poesía es fruto propio y espontáneo de la Sinagoga; pero por algo, y quizá por mucho, entraron en ella conceptos de orden filosófico y cosmológico, derivados de las escuelas profanas y extraños de todo punto á la tradición talmúdica. Así se da el hecho de ser á un tiempo estos poetas los más grandes líricos y los más profundos y célebres pensadores de su raza, exceptuando solamente á Maimónides, en quien la calidad de poeta no aparece, aunque sí las de médico y naturalista, unidas

á las de teólogo y filósofo, autor de una profunda reforma en la educación religiosa de su pueblo. Pero fuera de este grande espíritu, tan conciliador y armónico, tan superior en penetración y originalidad á Averroes, y comparable á Santo Tomás en algunos respectos de posición y método, los demás representantes de la filosofía judaica son poetas y grandes poetas, sin que se vea diferencia notable entre el contenido de su prosa y el de sus versos. La misma unción religiosa hay en los diálogos del *Cuzari* de Judá Leví, que en su grandioso himno para la mañana del día del gran ayuno. El mismo numen dictó á Aben-Gebirol la poesía filosófica del *Keter Malkuth* y la metafísica poética de *La Fuente de la Vida*.

No se puede negar que los hebreos, así en el campo de la filosofía como en el del arte lírico, se aventajaron en breve plazo á sus maestros; pero no hay duda tampoco que la cultura de los árabes fué su primera escuela y la base de toda su educación secular y profana, influyendo hasta en la parte técnica de su poesía, como lo prueba el doctrinal teórico de Aben-Ezra, y el mismo nombre de *Diván* que suele asignarse á las colecciones. Todos los grandes escritores hebreos de ese tiempo fue-